

mantener la conciencia del proletariado en el primer nivel, a diferencia del partido revolucionario, que se esforzará en hacerla evolucionar hasta su cristalización en conciencia de clase.

Otro concepto cuya evolución en los textos teóricos de marxismo sigue también Weber es el de aristocracia obrera, utilizado, como vimos, ya por Engels, y recogido más tarde, aunque con una aplicación diferente, por Lenin. Este llegará más sutilmente a distinguir entre aristocracia obrera y la burocracia que se desarrolla en su seno. Distinción que ampliará el sociólogo alemán Michels, quien hablará incluso de "deformación burocrática" como tendencia inevitable de cualquier organización, y "degeneración burocrática", realizable sólo bajo determinadas condiciones y, por lo tanto, perfectamente resistible.

Después de analizar el fenómeno de burocratización de la II Internacional, que pudo haberse evitado parcialmente, llega el autor a una serie de conclusiones como son las de negar cualquier relación de causa a efecto entre condiciones objetivas y reformismo del movimiento obrero, señalar incluso la actividad de la vanguardia del proletariado como elemento integrante de esas mismas condiciones objetivas y deducir de todo ello la posibilidad real de romper el círculo vicioso entre la influencia burocrática y la consolidación del reformismo obrero, siempre y cuando esa misma vanguardia sepa instaurar una "dialéctica a tres bandas" mediante la organización alternativa de un partido revolucionario que propicie una práctica real y autónoma de masas como respuesta a los intentos integradores de las organizaciones reformistas.

Desde su posición a la izquierda de los dos partidos signatarios del Programa Común francés, Weber señala la necesidad de aprovechar las contradicciones inevitables de la unión de la izquierda (hoy deshecha) hasta provocar su desbordamiento. Fascinado por la huelga de Lip, por más que aluda a su carácter, hoy por hoy excepcional, el autor cree posible la multiplicación de este tipo de experiencias conforme se agudice la crisis del capitalismo. Incluso pronostica: "la clase obrera francesa vivirá en los próximos años la experiencia de una nueva explosión generalizada de lucha (de una nueva situación prerrevolucionaria)". ¿Un nuevo mayo del 68? ¿Cuánto tardaría esta vez en reaccionar el sistema? ■ JOAQUIN RABAGO.



J. R. R. Tolkien.

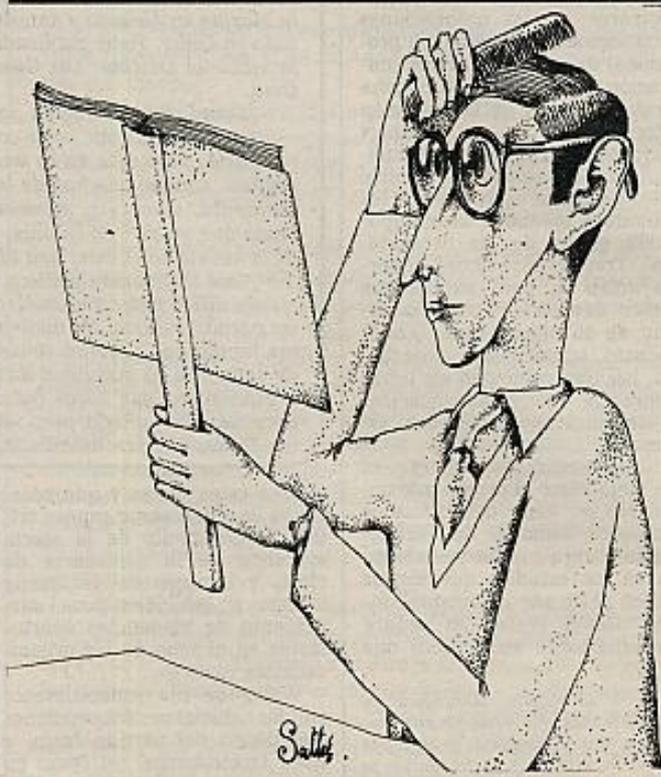
Invencción de un mundo, invención de un lenguaje

Si el profesor J. R. R. Tolkien —profesor además de filología— hubiese visto las traducciones al argentino de sus obras "El señor de los anillos" (1) y "El hobbit" (2), seguro que se hubiese muerto; o tal vez, como era un hombre poco dado a los excesos, simplemente se hubiese desesperado. Pues su obra es la creación de un mundo por un lingüista y se basa, por lo tanto, en un lenguaje y en un estilo muy determinados. Aparentado como está el libro de su componente formal a puro nivel estilístico, queda privado de una parte importantísima; por ello, es comprensible que críticos literarios que no conocían su obra en inglés y que solamente la han leído ahora en su versión española, clamen ahora que no comprenden por qué el éxito casi universal de Tolkien y la admiración que causa al mismo tiempo entre los más incultos de los "hippies" y entre los más ensalzados intelectuales.

La obra de Tolkien es una especie de mezcla entre el cuento de hadas y la novela de caballerías; se nos presenta como la crónica de un mundo que no es exactamente el nuestro, que está separado de nosotros por abismos de tiempo y espacio, y donde la magia y el contacto con seres no humanos son cosa corriente; de hecho, los protagonistas de Tolkien no son humanos, sino hobbits: una especie de enanitos de pies velludos, que viven en agujeros y se caracterizan por su glotonería, su sentido de la hospitalidad y su

odio por todo aquello que les arranque de la rutina, aventuras o desventuras. A su lado hay elfos, espíritus muy humanos de la Naturaleza e inventores del lenguaje, enanos que cavaban minas y túneles espléndidos en las entrañas de la tierra, valientes y dispuestos a todo con tal de defender su oro —que les es robado regularmente por dragones y otras malas bestias— y un metal aún más precioso, el mithril, que en élfico significa "plata viva"; también hay magos buenos y malos, y una especie de demonio viviente, el Señor Oscuro, que es el antagonista de esta historia, y que se hace servir por trasgos y duendes diabólicos, seres miserables y horribles, que aborrecen lo que para Tolkien es fundamentalmente bueno: la luz del sol, la luna y las estrellas. Y, por supuesto, hay hombres: hombres en su mayor parte esforzados y valerosos, pero también capaces de traicionar o de sucumbir a la ambición. Y toda esta obra fantástica, de brujos y duendes, de espíritus buenos y malos, de divinidades de los bosques y los ríos y de caballeros montados en blancos corceles no se nos hace increíble por dos razones: primera, por lo minuciosamente que está todo narrado; no se nos escapa ni un detalle de la vegetación y topografía que sus héroes recorren en sus larguísimo viajes; hay incluso mapas para que podamos seguir geográficamente el curso de sus aventuras. Y

sobre todo, por un recurso de filólogo. Al escribir el "Hobbit", del que más tarde desarrollaría la trilogía de los anillos, Tolkien no se conformó con inventarse una historia más o menos coherente y describir un mundo, sino que además lo dotó de un lenguaje particular. O mejor dicho, de varios: el quenya y el sindarin, lenguajes de los elfos; el westron, o idioma común a todas las especies, y los diversos lenguajes de los hombres y de los enanos. Estos lenguajes, traducidos al inglés respetando sus reglas —lo que nos da un inglés a la vez simple y antañón, desusado, que los malhadados traductores (nunca más traidores que en este caso; Tolkien los habría clasificado entre sus duendes maléficos, una de cuyas características era la de hablar una jerga cada vez más corrupta) no han sabido darnos en castellano— son la verdadera trama del relato, en torno a los cuales se desarrolla toda la historia de un mundo, que no se nos cuenta —no es necesario, pues se trata de la Historia—, pero que se nos sugiere; los personajes de este cuento hacen continuas alusiones a otros cuentos, a otras leyendas anteriores a ellos de los que sólo conocemos fragmentos, pero que explican y justifican la acción de lo que se nos narra. Consigue, por estos artificios, una singular coherencia, una realidad hecha de palabras y de signos; crea así una poética completa, al construir un mun-



(1) Ed. Minotauro.

(2) Ed. Sudamericana; lo han traducido con el horrible y falso título de "El hobito", que nada tiene que ver con el original "hobbit".